

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
MAESTRIA EN ANTROPOLOGIA

LA CONSTRUCCION DE LO PREHISPANICO:
APROXIMACION ANTROPOLOGICA A LA ARQUEOLOGIA ECUATORIANA

JOSE ECHEVERRIA ALMEIDA

Quito, Enero de 1995

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
MAESTRIA EN ANTROPOLOGIA

LA CONSTRUCCION DE LO PREHISPANICO:
APROXIMACION ANTROPOLOGICA A LA ARQUEOLOGIA ECUATORIANA

Autor: José Echeverría Almeida
Directora: Dra. Frederica Barclay
Quito, Enero de 1995

INDICE

	Pág.
INTRODUCCION	1
I. HISTORIA DE LA ARQUEOLOGIA EN EL ECUADOR	5
II. ¿LIMITACIONES TECNICAS O POSTURAS IDEOLOGICAS?	30
III. LA IMAGEN DE LO PREHISPANICO A TRAVES DE LOS MUSEOS	43
IV. APROXIMACION ANTROPOLOGICA EN LA INTERPRETACION DEL DATO ARQUEOLOGICO: APORTES DE LA ANTROPOLOGIA ECONOMICA Y DE LA ANTROPOLOGIA SIMBOLICA	63
CONCLUSIONES	84
BIBLIOGRAFIA	91

Aunque estamos preocupados, mejor dicho: obsesionados por nuestro pasado, no tenemos una idea clara de lo que hemos sido. Y lo que es más grave: no queremos tenerla. Vivimos entre el mito y la negación, deificamos a ciertos períodos, olvidamos a otros. Esos olvidos son significativos: hay una censura histórica como hay una censura psíquica.

Octavio Paz

INTRODUCCION

El propósito de esta tesina es hacer una arqueología de la arqueología, una excavación para revelar lo que está debajo de las prácticas discursivas de este quehacer científico; intentamos conseguir este propósito a través de: 1) un análisis de cómo construimos o desconstruimos lo prehispánico, especialmente a nivel de las investigaciones y de la exhibición del material cultural en los museos: 2) descubrir las percepciones del investigador, del Estado, del ciudadano, sobre el sujeto y la sociedad prehispánicos, alimentadas por las investigaciones arqueológicas: 3) explorar si las limitaciones técnicas o/y las posturas ideológicas de los investigadores e instituciones han determinado el tipo de alejamiento-ignorancia o acercamiento-comprensión de lo precolonial.

En algo más de cien años de práctica arqueológica en Ecuador, hasta el momento no se ha realizado una evaluación general, una autoreflexión, fundamentalmente desde un enfoque antropológico. Una visión retrospectiva y reflexiva sobre la historia de la arqueología ecuatoriana permitirá corregir errores y consolidar una práctica arqueológica más científica y más comprometida con los problemas de supervivencia que se plantean las sociedades andinas, tanto a nivel rural como urbano.

Además, en los actuales momentos, por la crisis económica que soporta Ecuador, las actividades de las ciencias sociales y por ende de la arqueología, se han reducido notablemente: en esta situación, un análisis como el propuesto puede contribuir a evitar caer en el letargo y perder los logros alcanzados hasta el momento.

En esta autoreflexión, se enfatiza la necesidad que tiene la arqueología para su desarrollo a través de los diferentes niveles de colaboración interdisciplinaria, la cual implicaría la elaboración de un marco más general en el que las varias disciplinas que intervienen adquieran un enriquecimiento mutuo y permitan la integración del conocimiento. En arqueología, el intento de pasar de lo fenoménico a un conocimiento de lo concreto-real, subyacente, no directamente observable, puede ser

factible a través de un enfoque interdisciplinario. Como demostración, señalamos algunos aspectos en los cuales el aporte de la antropología económica y de la antropología simbólica pueden dar pautas para una mejor obtención e interpretación del dato arqueológico.

La arqueología como estudio del pasado intenta dar luces para comprender el presente. Hacer conciencia de la particularidad "ecuatoriana": la pluriétnicidad y la pluriculturalidad. La información confiable y rigurosa que aporte la arqueología puede enmendar nuestra percepción de un pasado encubierto y marginado y ver las culturas prehispánicas como una expresión social orientada a resolver problemas de existencia histórica en el marco del mundo andino. La arqueología ayuda a saber quiénes somos hasta ahora y qué es lo que hemos negado. La incorporación del sujeto prehispánico no puede estar solo en palabras y símbolos o ser solo remitido al pasado en corte total con el presente. Insistimos en una propuesta de unir el pasado, el presente y el futuro, a partir de una autoreflexión de la forma cómo se ha aplicado la arqueología en el Ecuador, tanto a nivel de investigación de campo, como en la exhibición del material cultural en los museos.

La aproximación a la problemática abordada en el presente estudio está basada principalmente en la investigación bibliográfica, en la observación directa de los principales museos del país y en las experiencias profesionales del autor.

Esta Tesina se inicia con una visión general de la historia de la arqueología en el Ecuador, con el propósito de puntualizar los aspectos teóricos/metodológicos que han influido en la manera particular de construir o deconstruir lo prehispánico, a lo largo de algo más de cien años de práctica arqueológica en el país. Inspirados en la propuesta de Jaime Idrovo (1990:9-11) consideramos el desenvolvimiento del quehacer arqueológico en el Ecuador en tres períodos: 1) Período de los precursores- arqueología descriptiva, ubicado desde la segunda mitad del siglo XIX hasta 1945; 2) Período de las innovaciones teóricas y técnicas- arqueología descriptiva-interpretativa, desde 1945 hasta 1970 y 3) Período de profesionalización- arqueología

interpretativa, desde 1970 hasta la actualidad.

Para complementar la historia de la arqueología ecuatoriana, el segundo capítulo presenta un análisis de las percepciones del investigador ecuatoriano frente a lo prehispánico. En esta autoreflexión es importante entender las formas particulares en las que se desarrolló la arqueología atendiendo a la pregunta ¿Por qué en los trabajos arqueológicos se puso énfasis en el cuándo, descuidando el tratamiento del cómo y por qué de los procesos prehispánicos y, además, por qué la causalidad fue vista preponderantemente en la difusión o en la adaptación al medio ambiente?.

Se hace un primer análisis sobre si la particular manera de ver lo prehispánico obedece a posturas ideológicas de los individuos o instituciones, es consecuencia de las limitaciones técnicas y teóricas y/o si obedece al género del investigador, a la "posición del sujeto", al "yo soy yo y mi circunstancia" (a la manera de Ortega y Gasset).

La manera como se desarrolló el trabajo de campo repercutió, en parte, en la organización de los museos; igualmente influyó en estos la escasa relación que existe entre los arqueólogos y el personal de los museos tradicionales. Esta problemática es tratada en el tercer capítulo, a través del análisis de las varias modalidades en las que se colecciona y exhibe el material cultural prehispánico: colecciones particulares, museos privados o institucionales no estatales, museos de entidades del estado, museos de sitio y museos comunidad. Desde la perspectiva de la antropología se intenta develar la particular actitud del coleccionista y del museólogo frente a lo prehispánico.

La forma cómo se ha practicado la arqueología en el Ecuador, revela la necesidad de dar a esta ciencia un nuevo rumbo. La alternativa propone enfatizar en el carácter interdisciplinario de la arqueología y la posibilidad de reinvertir los conocimientos en programas que beneficien a la comunidad. Si bien la arqueología es como la traducción, una mera aproximación a los significados de otras culturas, de otras sociedades, el arqueólogo debe evitar convertirse en un esclavo del sentido literal de las palabras, es decir, hacer una "arqueología de lo

obvio"; el arqueólogo debe ser un buen traductor, un creador, de tal manera que el pasado sea interiorizado en el presente.

Para ilustrar la forma cómo puede conseguirse una aproximación antropológica en la interpretación del dato arqueológico, el capítulo cuarto expone los aportes de la antropología económica y de la antropología simbólica. Un enfoque antropológico de la arqueología no solo evita "hacer malas traducciones" o exotizar lo prehispánico sino que accede a un mejor entendimiento de las sociedades desaparecidas y a tender puentes para una continuidad entre pasado, presente y futuro. Así, la arqueología y la antropología pueden dar pautas para que la población ecuatoriana, en particular y latinoamericana en general, logre una integración en la diversidad.

I. HISTORIA DE LA ARQUEOLOGIA EN EL ECUADOR

El interés de la humanidad por conocer su pasado prehistórico ha experimentado un largo y variado proceso; sin embargo, los primeros intentos por perfeccionar las técnicas de trabajo de campo y de laboratorio datan de hace poco más de cien años (Hole y Heizer 1977:22). Es decir, la arqueología, como disciplina científica, es relativamente joven: se erige diariamente a través de la teoría, de la práctica y de la crítica constructiva. En Ecuador, el desarrollo profesional de esta disciplina ha sido bastante lento y tardío, un poco a la zaga del desenvolvimiento de la misma a nivel continental y mundial. En líneas generales, el quehacer arqueológico en Ecuador presenta, siguiendo a Idrovo (1990:9-11), tres períodos bien marcados: 1) Período de los precursores-arqueología descriptiva, ubicado desde la segunda mitad del siglo XIX hasta 1945; 2) Período de las innovaciones teóricas y técnicas-arqueología descriptiva-interpretativa, de 1945 hasta 1970 y 3) Período de profesionalización-arqueología interpretativa, desde 1970 hasta la actualidad (1).

La investigación arqueológica sobre este país, realizada por ecuatorianos y extranjeros, ha tenido un crecimiento continuo, acumulativo, específicamente en las últimas tres décadas, principalmente por la participación de arqueólogos formados académicamente y por el apoyo brindado por instituciones públicas y privadas.

Período de los Precursores-Arqueología descriptiva

Se caracteriza por un primer acercamiento a las culturas prehispánicas, a través de las descripciones de los vestigios arqueológicos, especialmente material cultural exótico o valioso (piezas de oro) y las de carácter arquitectónico (2). La falta de integración de la arqueología con otras disciplinas no permite ir más allá de los objetos, pese a que hay un intento por aprovechar las noticias dejadas por los cronistas, las relaciones geográficas y por las expediciones científicas europeas. La arqueología de la vida cotidiana es casi completamente ignorada.

Como precursor, a nivel nacional, el Padre Juan de Velasco

(1727-1792), jesuita riobambeño, se erige como el Herodoto ecuatoriano; impresionó al mundo científico con su obra "Historia del Reino de Quito" (1789) en la cual, verdad e imaginación se dan la mano para sustentar la tesis de la existencia de un "reino de Quito" en la época prehispánica. Sin embargo, es el primer trabajo que intenta dar unidad geográfica e histórica al territorio de lo que era hasta entonces la Real Audiencia de Quito (Idrovo 1990: 12). Juan de Velasco no tuvo la oportunidad de hacer trabajos arqueológicos sobre los pueblos prehispánicos de lo que hoy es Ecuador, pero aprovechó crónicas y leyendas para construir una Historia Antigua desde 700 y 300 d.C.

De las relaciones de viajes, merecen citarse las observaciones arqueológicas hechas por la primera Misión Geodésica Francesa, con La Condamine y los españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, los dos oficiales marinos españoles acompañaron a los académicos franceses en todos los trabajos relativos a la medición de un arco de meridiano en el territorio de la Audiencia de Quito en 1736. Aunque el estudio de los pueblos prehispánicos no fue la finalidad de Alexander von Humboldt y de Francisco José de Caldas, ellos se refirieron a la monumentalidad de algunos sitios antiguos, como el complejo de Ingapirca. En esta época había una arqueología monumentalista que se interesaba únicamente por lo grandioso de los pueblos: se enfatizó en la descripción de las estructuras monumentales.

Como iniciador de la arqueología ecuatoriana, el arzobispo González Suárez (1844-1917) es la figura más sobresaliente de esta etapa. Este estudioso se esforzó por hacer de la arqueología una disciplina científica, tratando de sistematizar toda la información recogida y de aplicar la inducción en la inferencia arqueológica. Recorrió todas las provincias del Ecuador e investigó de manera especial los lugares en los cuales le tocó realizar su labor pastoral, particularmente en las provincias de Azuay, Pichincha e Imbabura. Publicó varias obras, entre las cuales cabe resaltar "Estudio Histórico sobre los Cañaris antiguos pobladores de la provincia del Azuay en la República del Ecuador", escrita en 1872 con motivo del encuentro de sepulcros cañaris en Chordeleg, al construir una casa en 1853

(3). Este estudio se editó en 1878, constituyéndose en la primera obra de arqueología ecuatoriana.

González Suárez viajó a España con el propósito de investigar en los archivos, bibliotecas e intercambiar ideas con los americanistas. Trabajó en el Archivo de Indias, en Sevilla, en los Archivos nacionales de Alcalá de Henares y de Simancas, en la Biblioteca y en el Archivo de la Real Academia de la Historia y otros. De España pasó a Portugal y luego visitó los museos de Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires y posteriormente recorrió Perú y Chile. Las observaciones científicas que pudo realizar fuera de su país le permitieron ampliar sus horizontes arqueológicos y lingüísticos, a través de la obtención de bibliografía especializada. En los años 1890-1903 apareció su obra capital, la "Historia General de la República del Ecuador", en seis tomos, más un Atlas Arqueológico con láminas y texto explicativo.

González Suárez estuvo siempre interesado por conocer lo que fue el Ecuador en tiempos antiguos, las gentes que lo poblaron, su origen, su relación con los demás grupos humanos americanos. Mantuvo constantemente la idea de que el territorio ecuatoriano, por su ubicación geográfica y condiciones favorables para los asentamientos humanos, desde épocas remotas recibió gentes provenientes de las Antillas, Méjico y la América Central (1891: 13-15). En el primer tomo de su Historia General de la República del Ecuador, sigue el esquema del Padre Juan de Velasco en relación a los Quitus y Shyris; posteriormente, en las siguientes obras, modifica radicalmente su opinión y critica duramente la Historia del Reino de Quito.

Preocupado por la continuidad de los estudios arqueológicos en este país, González Suárez fundó en 1906 la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, entre cuyos miembros sobresalieron Jacinto Jijón y Caamaño y Carlos Manuel Larrea y Jijón. Esta Sociedad tiene vital importancia en el desarrollo de la arqueología ecuatoriana, por el impulso que dió a las investigaciones y a la publicación de los resultados. El Boletín de esta Institución apareció en junio de 1918 y continuó publicándose hasta 1921, año en que fue reemplazado por el

Boletín de la Academia Nacional de Historia, en el cual, igualmente, se ha dado importancia a la divulgación de los trabajos arqueológicos realizados en el Ecuador.

Jacinto Jijón y Caamaño (1891-1950), discípulo de González Suárez, hombre multifacético, representante de la aristocracia terrateniente serrana, político e ideólogo Conservador, encarnó una situación paradójica: la relación del hacendado con sus peones indígenas y, por otro, su preocupación por estudiar lo prehispánico. Es el primer autor en introducir la clasificación como instrumento de análisis.

En 1909 realizó sus primeros trabajos de campo en una de sus haciendas, en Urcuquí, provincia de Imbabura. Excavó después en Chaupicruz, al norte de Quito. De 1917 a 1923 investigó en la provincia de Manabí. Aprovechando su exilio en Perú, conoció a A. L. Kroeber y a Julio Tello. En este país exploró en el Valle de Rímac, en la Costa Central del vecinopaís del sur, de lo cual publicó "Maranga" (1949). Este trabajo permitió a Jijón y Caamaño tener más elementos de comparación y justificar las relaciones entre las culturas ecuatorianas y peruanas. Señala, por ejemplo:

"...los protolimas de la I época habían recibido influencias de la región meridional de los Andes peruano-bolivianos y de la zona central de dichas montañas, la comprendida cerca de las fuentes del Marañón propiamente dicho, y con, probablemente, una prolongación a la región Amazónica, como lo sugiere el [formas cerámicas] que se encuentra en Macas" (1949:486).

Desde 1921 comenzó a organizar un museo con las piezas conseguidas en sus trabajos de campo en Ecuador y Perú y con los objetos comprados a huaqueros. A más del museo de arqueología tuvo uno de historia y llegó a poseer una biblioteca de 40.000 volúmenes. En 1944 fue Miembro fundador y primer Vicepresidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. A nivel internacional fue miembro de numerosas Academias e Instituciones, como la Academia de la Lengua Española, Academia de la Historia de Madrid, de Bogotá, de Caracas, de Lisboa, Sociedad Antropológica de Viena.

En Jijón y Caamaño hay intentos por entender a la arqueología como una ciencia eminentemente interdisciplinaria, se recurre

principalmente a la antropología física, a la filología, a la lingüística y a la etnohistoria. Desafortunadamente, al contrario de su maestro González Suárez, Jijón y Caamaño no se preocupó de formar discípulos que continuaran su labor investigativa: después de su muerte, hay un largo paréntesis en la indagación de la prehistoria de la Región Interandina ecuatoriana. Sin embargo, la amistad que mantuvo con Carlos Manuel Larrea y con Juan León Mera fue decisiva en los trabajos arqueológicos de estos dos investigadores. Igualmente, la correspondencia epistolar científica que mantuvo con algunos estudiosos de la prehistoria ecuatoriana fue fructífera. Tal fue el caso de Carlos Emilio Grijalva (1885-1947), contemporáneo y amigo de Jijón y Caamaño, quien a través de una visión multidisciplinaria, llegó a ofrecer importantes aportes sobre todo en arqueología y etnohistoria. Lastimosamente, el estudio de la documentación temprana referente al Ecuador estaba también en sus inicios, por lo que no fue posible una integración total de la arqueología con la etnohistoria, lo cual hubiera permitido una mejor interpretación del dato arqueológico, al menos para el Período Tardío (500 d.C a 1500 d.C.), y así lograr un engarce entre el pasado y el presente.

De los arqueólogos extranjeros, el que más sobresale en este período es el alemán Friedrich Max Uhle (1856-1944), quien había hecho estudios de etnología en las Universidades de Gottingen y Leipzig. Llegó al Ecuador en 1919 (invitado por Jijón y Caamaño) con un gran bagaje de experiencias logradas en Argentina, Chile, Perú y Bolivia. Difundió el uso de la estratigrafía como instrumento válido para definir la mayor o menor antigüedad de los vestigios arqueológicos, y el difusionismo como forma de explicar el desarrollo local de los pueblos. Intentó, por primera vez, estructurar un cuadro cronológico de las culturas prehispánicas del Ecuador.

Uhle realizó excavaciones en las provincias del Carchi, Pichincha, Azuay, Loja, Guayas y exploró las provincias de Esmeraldas y Manabí. Haciendo honor al difusionismo imperante en este período, a nivel internacional, sus trabajos teóricos de inferencia giran en torno al carácter mayoide de las culturas

sudamericanas. Así, el desarrollo de la prehistoria ecuatoriana es explicado preponderantemente como resultado de la difusión de las culturas mayoides. Con la intención de formar discípulos, Max Uhle se relacionó con la universidad ecuatoriana, en Quito y en Guayaquil, donde dictó cátedra de arqueología en la carrera de profesores de historia y geografía: sin embargo, los arqueólogos ecuatorianos de esta época sobresalieron más por su formación autodidacta, empírica, que por una formación académica o en respuesta a una "escuela". Max Uhle regresó a su país en 1933 después de haber trabajado catorce años en el Ecuador y cuando contaba ya 76 años de edad.

A fines del siglo XIX, numerosos investigadores extranjeros resaltan los vestigios culturales prehispánicos del Ecuador, unos, a través de trabajos de campo y otros en base a estudios de colecciones llevadas a Europa por ilustres viajeros. De los trabajos de campo, sobresalen los efectuados por el norteamericano George Dorsey en la isla de La Plata, quien ofreció un informe descriptivo titulado "Archaeological investigations on the island of La Plata, Ecuador" (1891 y 1901). La colección de este material cultural fue a parar en el Field Columbian Museum de Chicago.

El arqueólogo norteamericano Marshall Saville (1906), integrante de The George G. Heye Expedition, investigó las costas de Manabí y Esmeraldas. Los resultados fueron estructurados en una monografía titulada "The Antiquities of Manabi" (1907, 1910) (300 copias). Sobresale por la abundancia de información y por la descripción de las estructuras arquitectónicas y material cultural de la zona estudiada. Posteriormente, publicó "The Gold treasure of Sigsig, Ecuador" (1924). Como señala Salazar (1993:98)

"La meticulosidad en el registro de la evidencia arqueológica es sin duda la característica más importante de la obra de Saville y, de paso, una muestra del nivel metodológico que había alcanzado la arqueología americana, a comienzos de siglo".

De los estudios sobre colecciones arqueológicas procedentes de Ecuador, se conocen los del Dr. Ernest Hamy "Galerie Americaine du Musée d'Ethnographie du Trocadéro" 2 Vols., Paris

1897; M. L. Heuzey "Le Trésor de Cuenca" París 1870. En 1879, Anatole Bamps (belga) hizo una reseña del material cultural ecuatoriano que se encuentra en el Museo Real de Antigüedades de Bruselas. Posteriormente divulgó su obra "Tomebamba, Antique Cité de l'Empire des Incas" (1887), que al decir de Larrea (1971:339) no es más que una copia de la obra de González Suárez "Estudio Histórico sobre los Cañaris". Por su parte, O. M. Dalton escribió "An Ethnographical Collection from Ecuador" (London 1897), que es la descripción del material cultural de la colección arqueológica del viajero científico Edward Whymper que se halla en el Museo Británico; Dalton establece una comparación de este material con los similares de sitios tan distantes como Egipto, explicando el parecido en términos difusionistas (Salazar 1993:97).

Como parte de los trabajos de la segunda misión geodésica francesa en América del Sur, René Verneau y Paul Rivet hicieron observaciones en la sierra ecuatoriana, especialmente de prácticas funerarias, de monumentos arquitectónicos y de colecciones de material cultural. Haciéndose también eco al difusionismo, en sus inferencias sobre la cultura prehispánica ecuatoriana determinan que ésta fue influenciada por culturas amazónicas, de los Andes Centrales (Perú) y de Mesoamérica. La publicación de "Ethnographie Ancienne de l'Equateur" (1912 y 1922) de Verneau y Rivet se convirtió en un clásico de la literatura arqueológica, pese a conservar los lineamientos teóricos y metodológicos tradicionales de la época.

Es interesante señalar que las investigaciones arqueológicas de esta época influyeron de alguna manera en otras actividades culturales ecuatorianas, como en la literatura indigenista (Pío Jaramillo Alvarado, Cristóbal Gangotena), y en la pintura (Camilo Egas).

Durante este primer período (1878-1945) el trabajo arqueológico fue eminentemente personalista, especulativo y difusionista; predominó una asistemática selección de yacimientos y, de manera muy acentuada, un afán por conseguir piezas museables. Prevaleció la excavación de tumbas y trabajos de corto plazo en sitios muy puntuales, generalmente, sin un enfoque

regional. La corriente arqueológica que predominó fue la llamada "arqueología tradicional", aquella que no responde a un proyecto de investigación previamente elaborado, y que enfatiza en la descripción del material cultural en base a un método inductivo estrecho. Tiene una orientación histórica o histórico-cultural, con una actitud no interdisciplinaria, resalta el estudio de lo exótico, de fenómenos particulares no recurrentes y atiende principalmente a las "cualidades" de los restos arqueológicos. En los informes, utiliza un lenguaje narrativo tradicional y una expresión literaria, en vez de un lenguaje simbólico (matemático y estadístico) (Alcina 1989:87). En la explicación del desarrollo de los grupos locales predomina la difusión; se niega la posibilidad de una invención independiente. Los sitios antiguos son estudiados en forma aislada, sin relacionarlos con la región y con la prehistoria del país y sin dar una explicación general de los grandes procesos de cambio socio-cultural.

No obstante los lineamientos generales de este primer período, hay algunos trabajos de arqueología que tienden a superar lo tradicional, especialmente cuando se trata de relacionar el dato arqueológico con la información de la etnohistoria, de la lingüística, de la filología. En este aspecto hay brillantes avances en Jijón y Caamaño y Carlos Emilio Grijalva. Max Uhle, con la aplicación de la estratigrafía y la enunciación de hipótesis de trabajo, contribuyó para un adelanto significativo en los trabajos de campo y en la inferencia arqueológica.

Período de innovaciones técnicas y teóricas-Arqueología descriptiva/interpretativa

Este período se ubica entre 1945 y 1970; arranca al finalizar la Segunda Guerra Mundial y está marcado por el afianzamiento de una nueva potencia económica y política: Estados Unidos de Norteamérica. Tres elementos señalan el contraste con el período anterior: el descubrimiento del C14 como método de datación absoluta, la conformación de la llamada New Archaeology y concomitantemente, la participación de arqueólogos profesionales extranjeros en las investigaciones arqueológicas en el país.

Especialmente la mayor presencia de investigadores norteamericanos contrasta con la presencia de viajeros y estudiosos europeos del período anterior.

La New Archaeology incluye un conjunto de tendencias, en las que sobresalen el uso creciente de un razonamiento hipotético-deductivo y la preocupación de formular y contrastar leyes hipotéticas generales (Alcina 1989:73; Watson: Le Blanc y Redman 1974:25). En la forma más simple, podemos decir que una ley, por ejemplo, advierte que un fenómeno A podrá darse si se dan las condiciones B, o dicho de otro modo "dadas unas circunstancias C, cuando se produce un acontecimiento o hecho de la clase A, también ocurre u ocurrirá otro de la clase B" (Alcina 1989: 76). De tal forma que, si por recurrencia sabemos que todos los pueblos de agricultores fueron siempre precedidos por grupos recolectores-cazadores y que estos pueblos siempre se comportaron históricamente así, se puede enunciar una ley particular: "Todos los pueblos de agricultores serán necesariamente precedidos por una etapa de caza-recolección"; y como ley causal: "Los pueblos recolectores-cazadores pasan a ser agricultores cuando se dan tales o cuales condiciones" (Lumbreras 1981: 37-38). Efectivamente, el arqueólogo puede formular y contrastar leyes hipotéticas, especialmente sobre la evolución cultural prehistórica. El tratamiento mecanicista del concepto de difusión queda superado: el cambio cultural no tiene únicamente un origen externo, por contacto con otras culturas, hay que buscarlo primero al interior de la propia comunidad.

La New Archaeology se constituyó en la corriente arqueológica con más seguidores en los Estados Unidos de Norteamérica. Con base en los planteamientos de Leslie White, la teoría de los sistemas y la ecología cultural y económica, asume la tesis de que la sociedad, a través de la cultura, se adapta a los ecosistemas en los cuales le toca desenvolverse. En las obras de Lewis R. Binford, uno de los máximos exponentes de esta corriente arqueológica, se enfatiza que la función de la cultura es la de adaptar el organismo humano a su ambiente total, esto es, al físico y social. De esto se desprende que la analogía orgánica y el determinismo ambiental son centrales en la New

Archaeology. Por lo tanto, la investigación arqueológica debe orientarse a elucidar los mecanismos naturales que influyen en la conducta humana.

Para el caso ecuatoriano, tuvo mayor influencia la variante de esta corriente adoptada por Meggers (1971): Meggers, Evans y Estrada (1965:5-9); Meggers y Evans (1975:12) quienes enfocan la relación Hombre-Naturaleza desde un punto de vista ecologista-biológico. Señalan que el cambio es continuo, pautado e irreversible: estas características describen el proceso evolutivo general que prevalece en el reino biológico como en el cultural. La pautación del cambio en una especie o género biológico, o en un elemento o complejo cultural, es una variación de la curva de distribución normal. Hay un principio, un incremento hasta un climax, una declinación y al final una extinción.

En general, la New Archaeology, en contraposición a la arqueología tradicional, niega el particularismo histórico y el inductivismo, y adopta la deducción y la búsqueda de modelos generales del proceso social en base a los datos arqueológicos. Insiste en que la disciplina debe asumir un carácter **explicativo** y aproximarse al estudio del proceso social del cual son parte los vestigios estudiados. Por "explicación", se entiende "demostrar que el caso particular que se desea explicar es un ejemplo de las relaciones generales descritas en una ley ya establecida" (Watson-Le Blanc-Redman 1974:12). Para esto, es fundamental la formulación de las hipótesis y la contrastación de las mismas.

Según la orientación hipotético-deductiva, la investigación arqueológica sigue el siguiente procedimiento:

1. Enunciación de una hipótesis.
2. Formulación de las implicaciones de la comprobación.
3. Exposición de un plan de investigación.
4. Obtención de datos.
5. Análisis de los datos.
6. Contrastación de la hipótesis.
7. Evaluación de la investigación.

La New Archaeology presenta como objetivos de la arqueología:

la forma (el ordenamiento, basado en la descripción y clasificación de la evidencia arqueológica recobrada en su respectivo contexto); la función (la reconstrucción de modos de vida pasados); la explicación (la comprensión del pasado como parte del proceso social total) (Binford y Binford 1968: 8-16).

El concepto de cultura que maneja esta corriente está influenciada por la Ecología Cultural, que busca en la adaptación al medio ambiente la fuente diagnóstica de la variación cultural. Según la New Archaeology, la cultura no es un fenómeno univariable sino multivariable y así debe ser entendida y estudiada. El arqueólogo, a través de los resultados materiales del comportamiento, debe inferir la conducta humana y la idea cultural. Taylor (1948: Alcina 1989:64-66) por su parte, ofreció un modelo en cuanto al orden y niveles de carácter interpretativo por los que debe pasar la investigación arqueológica, sentando algunos precedentes para una arqueología antropológica. Este arqueólogo establece una comparación entre la Antropología Cultural y lo que viene a ser una propuesta de investigación arqueológica equiparable a la de tipo etnológico. En la investigación, esta corriente arqueológica realiza dos sistemas fundamentales: el socio-cultural (social, religioso, psicológico, económico, cultura material) y el ambiental (geología, clima, flora, fauna).

El gran avance que prometía la New Archaeology por dar a la arqueología un procedimiento científico, especialmente a través de la formulación de hipótesis y su contrastación con la realidad, se vió obstaculizado por el concepto de cultura adoptado que tiende más al funcionalismo. La famosa frase "American Archaeology is Anthropology or it is nothing" (Willey y Phillips 1958:2) en Ecuador, no logró concretarse en la práctica. Dar sentido antropológico a la arqueología quiere decir no remitirse únicamente al estudio de la cultura sino también de la sociedad. Descubrir al ser humano en su proyección social, es decir, inmerso en una sociedad y no aislado.

La influencia de esta nueva corriente en el quehacer arqueológico ecuatoriano se hizo sentir en forma paulatina, primero, a través de los trabajos de Donald Collier y John Murra

(1943) del Field Museum of Natural History de Chicago y de Wendell Bennett (1946) que realizaron investigaciones sistemáticas en la Sierra Central, aplicando en las excavaciones los niveles arbitrarios, es decir, la división en franjas menores de los estratos y capas culturales, verticalmente amplios. Collier y Murra llegaron al Ecuador con el propósito de investigar la Sierra Sur y determinar su relación con el conocido horizonte Incásico Tardío y con las demás culturas del Norte peruano: sin embargo, el conflicto Ecuador-Perú de 1941 les obligó a buscar otra área para ser investigada. Los datos publicados por Uhle y Jijón sobre la región Cuenca-Cañar y sobre la cerámica de Cerro Narrío contribuyeron a la selección de esta región como área de estudio. Collier y Murra realizaron excavaciones en el Valle de Cañar y concluyeron que las evidencias encontradas "confirman la venida de utensilios del Norte en los últimos tiempos y añadieron el horizonte final incásico" (Collier y Murra 1982:19).

La integración del grupo Emilio Estrada, Betty Meggers y Clifford Evans en la década del 50, constituye quizá el acontecimiento más importante en el desarrollo de la arqueología ecuatoriana, cuya influencia, a nivel nacional, todavía se mantiene. Clifford Evans y Betty Meggers, investigadores asociados del Smithsonian Institution de Washington (USA) influirán decisivamente en la arqueología de latinoamérica y del Caribe.

Emilio Estrada (1916-1961) fue hijo de un prominente banquero y nieto de un presidente de la República del Ecuador; estudió en Francia, Italia y Estados Unidos de Norteamérica; fue alcalde de Guayaquil (1955-56), candidato a Vicepresidente de la República en 1960 y Director del Banco La Previsora. Combinó con éxito sus actividades en torno al deporte, obras de beneficencia, actividad social, negocios y gobierno. Gracias al ejemplo de Jacinto Jijón y Caamaño, en 1953 nació su interés por la arqueología. Comenzó sus trabajos en la Costa del Ecuador, una de las regiones poco conocidas hasta entonces. De esta área acumuló colecciones de superficie de cientos de sitios, y docenas de cortes estratigráficos formaron la base para establecer las secuencias

culturales. Formó el museo privado de estudio "Víctor Emilio Estrada", en honor a su padre, y la primera biblioteca de arqueología, incluyendo viejos mapas y documentos históricos acerca de la Costa ecuatoriana. Tenía como axioma: publicar algo aunque equivocado es mejor que el silencio; es preferible un mal trabajo publicado, que una excavación estupenda que jamás se publicó. Fue miembro de la Society for American Archaeology y de la Associate of Current Anthropology.

El principal descubrimiento de Emilio Estrada es sin duda la "Cultura Valdivia". Por su importancia, Estrada invitó a los arqueólogos norteamericanos Clifford Evans y Betty Meggers. En 1957 realizaron en forma conjunta varias excavaciones, aplicando el sistema de los niveles arbitrarios. Fue Estrada el primero que sentó las bases de un posible contacto transpacífico entre Jomón (Japón) y la Cultura Valdivia (Ecuador). Así, estos investigadores, tampoco escaparon al difusionismo que caracterizó al primer período de la práctica arqueológica ecuatoriana.

Evans y Meggers introdujeron en América Latina la seriación cuantitativa para establecer cronologías culturales relativas y el uso de las secuencias cerámicas seriadas para inferir conducta social (Cfr. Meggers 1988). Esto influyó poderosamente en los trabajos arqueológicos que se convirtieron en verdaderos tratados de descripción cerámica. Meggers y Evans ponen énfasis especial en la relación sociedad humana y medio ambiente. Como he señalado anteriormente, este enfoque ecológico considera básicamente dos sistemas: el sociocultural y el ambiental.

Acorde con este enfoque, Meggers difundió en Ecuador y en Latinoamérica la aplicación del "Método Ford", método cuantitativo para obtener cronología cultural, basado en la consideración de que la cultura se ve afectada por fuerzas evolutivas similares a las que operan en biología: mutación, flujo génico (o recombinación), y selección y deriva génica (Meggers, Evans y Estrada 1965:5-9).

Por su parte, la Misión Antropológica de la Universidad de Illinois, bajo la dirección de Donald Lathrap, influye en el desarrollo de la arqueología ecuatoriana a través de los trabajos prácticos realizados en Real Alto, juntamente con el arqueólogo

ecuatoriano Jorge Marcos. La innovación en la práctica arqueológica se observa en la estructuración de un proyecto interdisciplinario de largo alcance, con presupuestos teóricos que enfatizan el rescate de indicadores sociales significativos y un trabajo de campo que contempla un reconocimiento regional y una excavación de área.

El Grupo de arqueólogos de Guayaquil formado por los ecuatorianos: Carlos Zevallos Menéndez, Francisco Huerta Rendón, Julio Viteri Gamboa, Resffa Parducci, y los extranjeros Olaf Holm, Edward Lanning (Universidad de Columbia), Donald Lathrap (Universidades de Harvard y de Illinois), Richard Zeller, Geoffrey Bushnell (Universidad de Cambridge, Inglaterra) siguieron, en parte, los lineamientos generales de la New Archaeology, pero también desarrollaron temas diversos y propusieron explicaciones distintas a las de Estrada, Evans y Meggers, sobre el origen y desarrollo de los pueblos prehispánicos del Ecuador Antiguo. Con excepción de Viteri Gamboa, que fue ayudante de campo de Emilio Estrada, el resto de arqueólogos del Grupo de Guayaquil—si bien muchos de ellos mantuvieron amistad con Estrada, Evans y Meggers—se opusieron a la teoría del contacto transpacífico. Al mismo tiempo, en contraste con la hipótesis de que Valdivia era una sociedad recolectora-pescadora (Meggers, Evans y Estrada 1965), Carlos Zevallos Menéndez (1971) en base a las evidencias encontradas en la pampa de San Pablo (Zevallos y Holm 1960) y las representaciones de plantas y mazorcas de maíz en la cerámica valdiviana, infirió que los habitantes de Valdivia basaron su subsistencia en la agricultura.

Carlos Zevallos Menéndez (1909-1981) fue profesor universitario de la Cátedra de Prehistoria, Director del Museo Municipal de Guayaquil, Presidente de la Sociedad de Artistas y Escritores Independientes de Guayaquil, Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, en la cual organizó un museo de oro y de cerámica; Fundador y Presidente de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Arqueológicos; Doctor Honoris Causa por la Universidad de Guayaquil; formador de arqueólogos amateur, entre los que sobresalieron Luis Piana Bruno, Antonio Bédova Bellini, Presley Norton. Realizó excavaciones con Olaf

Holm y Jorge Marcos (Cfr. Pérez 1994:339-344).

El grupo de arqueólogos de Guayaquil, en base a la investigación bibliográfica y de campo y a la discusión socializada- un fenómeno nuevo en el desarrollo de la arqueología en el país-impulsó el adelanto de la arqueología del Litoral ecuatoriano que en poco tiempo pasó a ser la región mejor conocida en cuanto a su prehistoria. El hecho de que los arqueólogos nacionales, más Olaf Holm, fueran Miembros de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, y Directores de Museos, favoreció una permanente comunicación y actualización de la información arqueológica del país y del extranjero. Esta coyuntura les permitió además realizar trabajos en equipo, enriqueciendo la discusión y el análisis de la problemática arqueológica desde diferentes puntos de vista.

En este período de la arqueología ecuatoriana, se dedican mayores esfuerzos por conocer la prehistoria de la región amazónica, considerada hasta bien avanzada la segunda mitad del siglo XX como tierra de indios "salvajes" y de "aucas". Se conocían apenas algunas colecciones de material cultural, vasijas decoradas pertenecientes a la denominada Fase Napo (1200 a 1400 d.C.).

En la región Interandina, después de la muerte de Jacinto Jijón y Caamaño (1950), las investigaciones arqueológicas se vieron limitadas a unas cuantas descripciones de vestigios monumentales, realizadas a tono con la arqueología tradicional: como novedad, se observa un cambio en la temática y el período a ser investigado. La década de 1960 señala un hito relevante en las investigaciones del Período Preagroalfarero-modos de vida de los cazadores-recolectores- hasta entonces poco conocido. Participan en estas pesquisas los arqueólogos norteamericanos Robert Bell y W.J. Mayer-Oakes, quienes realizan trabajos sistemáticos en la región del Ilaló, provincia de Pichincha, y expresan resultados sorprendentes dentro del contexto nacional.

El avance de la arqueología en este segundo período es realmente impresionante: sin embargo, todavía hay trabajos arqueológicos "a la manera tradicional"; no se cumplen a cabalidad los objetivos propuestos por la New Archeology,

especialmente en lo que tiene que ver con la reconstrucción de modos de vida pasados y de comprender el pasado como parte del proceso social total. El enfoque culturoológico ha enfatizado la descripción del material cultural, pero no ha logrado entender y explicar la dinámica de las sociedades que se estudian. La arqueología de sitio sigue superando a la arqueología regional; la arqueología individualista es más común que la arqueología en equipo (interdisciplinario) y los trabajos de corto plazo aventajan a los proyectos de largo plazo.

La ausencia de un tratamiento interdisciplinario de la arqueología y el uso de un concepto de cultura utilizado simplemente para ordenar y describir, han frenado el desarrollo de la New Archeology que pudo haber dado mejores frutos en el quehacer arqueológico del Ecuador. Lógicamente, pasar la teoría, métodos, técnicas, de otras disciplinas por el tamiz de la arqueología, a fin de que éstas se amolden a sus propósitos, requiere, concomitantemente, la definición de una política de investigación, pues es la práctica profesional la que permite contrastar la teoría y el método. La constante relación de la teoría con la práctica insinuará el cuerpo de categorías que necesita la arqueología, y servirá de crisol para aquellos conceptos que requieren una depuración. Un avance en las concepciones teóricas y en las técnicas de trabajo de campo se verán precisamente en el siguiente periodo.

Período de Profesionalización-Arqueología Interpretativa.

Este período que se inicia en la década de 1970, se caracteriza por la participación de arqueólogos nacionales con formación profesional y por una práctica arqueológica más científica, respaldada por instituciones de carácter estatal y privado. Los arqueólogos nacionales especializados en el país o en el exterior se integran a instituciones de docencia como las universidades y la Escuela Politécnica del Litoral y a entidades de investigación como el Banco Central del Ecuador, el Instituto Otavaleño de Antropología, Programa de Antropología para el Ecuador.

Como en el segundo período, sigue primando la New

Archaeology, pero a partir de 1974, la publicación del libro "La Arqueología como Ciencia Social", de Luis Guillermo Lumbreras, enciende la chispa de esta nueva corriente que despierta el interés de los arqueólogos jóvenes. Por los años sesenta. Lumbreras intenta explicar el Perú antiguo siguiendo una lógica dialéctica y materialista. Desafortunadamente, en Ecuador, el entusiasmo inicial duró poco y el cambio se observó únicamente en el uso de términos tomados del materialismo histórico y del materialismo dialéctico. Quizá el intento más concreto de hacer una interpretación arqueológica, según esta corriente, es el trabajo de Marcelo Villalba, especialmente en sus estudios de Cotacollao (1988). El caso de Villalba responde más a una inquietud y preocupación personal que institucional (4) o de grupo. La arqueología como ciencia social no logró "hacer escuela", por falta de apoyo institucional y porque la mayoría de los arqueólogos ecuatorianos no había tenido formación académica de tipo sociológica que les permitiera manejar los conceptos que están a la base de la arqueología social.

La Arqueología Social, todavía en proceso de consolidación, tiene como base el materialismo dialéctico y el materialismo histórico. El énfasis puesto en lo social se halla en clara oposición a las tendencias "culturalistas" de la Nueva Arqueología. La arqueología es considerada como una ciencia histórica y la prehistoria como parte de la misma historia, estudiada con métodos diferentes a los aplicados por el historiador tradicional (Veloz 1985:15). Según Luis Felipe Bate (1977:15-16):

"La arqueología se convierte en ciencia cuando sobrepasando el simple nivel de la descripción y ordenación de formas culturales, logra penetrar en el contenido de las mismas y da una explicación de esos fenómenos. Pero no cualquier explicación le da carácter científico a un conocimiento, sino sólo aquella que descubre las relaciones causales esenciales del fenómeno. en este caso, las que motivan la dinámica de los procesos históricos de las sociedades ya desaparecidas que estudiemos".

Efectivamente, el arqueólogo debe poner mayor atención en el estudio de sociedades concretas y, como ya señalara Walter Taylor (1948), es vital reconocer la diferencia que existe entre aquello

que se observa (la cultura material) y lo que resulta como consecuencia de los procesos de inferencia e interpretación. Lo que hay que explicar, enfatiza Hurtado de Mendoza (1988:48) "es lo concreto-real, subyacente, no directamente observable y no lo aparente, lo obvio y registrable". Así, no es la manzana que cae sobre Newton lo que da origen a la teoría: es la búsqueda teórica la que permite interpretar la situación. En el ejemplo, lo aparente es la caída de la manzana y lo concreto-real es la fuerza de gravedad o gravitación (Pasternac 1978:116. citado por Hurtado de Mendoza 1988:48).

Para los propósitos específicos de la arqueología, la cultura se define por aquellas manifestaciones que son el producto de las actividades sociales de un grupo, el mismo que tiene una ubicación en el tiempo y en el espacio. A través de la cultura hay una captación y explicación de la realidad y una consideración de la individualidad y de la totalidad (Cfr. Fonseca 1988:181-183). En términos marxólogos, la cultura sería la forma concreta, fenoménica, en que se expresa una formación social determinada (Lumbreras 1981: 28-32; Bate 1977: 9-14).

Para la Arqueología como Ciencia Social, el objeto principal es el estudio de la historia del devenir social, la historia de la humanidad, la sociedad como un proceso total. En la investigación utiliza tres niveles de inferencia: 1) descriptivo, 2) comparativo y 3) explicativo. Se enfatiza el carácter complementario de los mismos, unificándolos para lograr el estudio de una sociedad concreta. Por tanto, la arqueología no se ocupa solamente de la "cultura" de pueblos desaparecidos, sino que trata de conocer la historia de las sociedades pretéritas en base a los vestigios recuperados mediante la investigación científica.

Cuando la Arqueología Social recalca que el ser humano es social, se refiere fundamentalmente a las formas de comportamiento producidos en la interrelación entre individuos y con el medio ambiente natural, y no solo a las capacidades como ser biológico. Las relaciones sociales en torno al trabajo, regidas por leyes sociales, son determinantes en la acción humana. Por otra parte, esta corriente arqueológica considera

a la sociedad como un fenómeno en constante desarrollo; los hombres al relacionarse reflejan la dinámica interna de la sociedad en que viven. El agente causal de la transformación es social y no natural, climático o genético como pregonan los propulsores de una visión ecologista-biológico. La transformación del ser social implica que los hombres adquieren necesidades diversas, y las satisfacen en formas diferentes, según el desarrollo de las fuerzas productivas para dominar a la naturaleza: así, al comienzo de la vida social hay más influencia del medio ambiente (Cfr. Vargas 1987:56-60).

Si se asume que en arqueología el concepto de cultura es fundamental, hay que comenzar por unificar los criterios y manejar una sola categoría de cultura, lo que exigirá, paralelamente, coincidir en el objeto de la arqueología. La cultura explica a un proceso; como categoría no se la puede utilizar simplemente para ordenar y describir. La arqueología estudia un proceso y no un evento aislado. El cambio no puede ser visto como cosa repentina, sino dentro del proceso total, con noción de continuidad y desarmonía para poder verlo dinámicamente.

Necesariamente los procesos socio-culturales deben tomar en cuenta las pautas de comportamiento del ser humano. Si el modelo cultural es meramente descriptivo, en una segunda instancia puede avanzar hacia un modelo explicativo. No hay, por lo tanto, ningún problema para integrar cultura y sociedad, pues ambas son parte de un todo (Cfr. Alcina 1989). No puede haber cultura sin sociedad y sociedad sin cultura.

La publicación de la monografía "Cotacollao" de Marcelo Villalba marca un hito en los aportes científicos de los arqueólogos del Banco Central. Esta Institución (5) se constituyó en el paradigma del quehacer arqueológico del tercer período, como lo fueron para el primero González Suárez, Jijón y Caamaño y Max Uhle; y, para el segundo período, Estrada, Meggers y Evans.

Los Museos del Banco Central del Ecuador, creados en 1969, impulsaron decididamente la preservación, investigación y divulgación del patrimonio prehispánico nacional. En un inicio, la autorización oficial para poder realizar investigaciones

arqueológicas en Ecuador era dada por los Museos del Banco Central. A través de esta institución, poco a poco, "los proyectos arqueológicos" comenzaron a desarrollarse en todo el país, por parte de especialistas extranjeros y ecuatorianos. La planificación reemplazó a la improvisación y el trabajo en equipo, interdisciplinario, suplantó a la tradición personalista de enfoque especulativo. En este contexto, la New Archaeology triunfó sobre la arqueología tradicional. Lastimosamente, respondiendo a un regionalismo a ultranza, faltó implementar políticas de investigación con carácter nacional, lo cual hubiera permitido un desarrollo más armónico y global de la arqueología ecuatoriana.

Muy sugerente resulta el hecho de que en Quito, el desarrollo de la mayoría de los proyectos fue responsabilidad de arqueólogos ecuatorianos, mientras en Guayaquil, el director del museo y los responsables de los proyectos eran extranjeros. Por esta particularidad, desde el día de su inauguración (Cfr. Crespo 1969:206-210), el Museo de Arqueología y Arte del Banco Central del Ecuador (Quito) ha manejado un discurso de profundo contenido nacionalista: la investigación arqueológica como búsqueda de raíces culturales que fundamenten nuestra identidad nacional fue el leit motiv de las actividades culturales de esta Institución. Al respecto, Hernán Crespo Toral señala lo siguiente:

"La gigantesca obra realizada por los museos del Banco Central en el campo de la cultura ha sido reconocida nacional e internacionalmente como pionera en el rescate e investigación de nuestro pasado, por la puesta en valor de sus monumentos y por la trascendental tarea educativa que han cumplido. Los museos del Banco Central han contribuido al descubrimiento y cimentación de la identidad nacional. Son un bastión donde se afirma la nación ecuatoriana y su destino" (Crespo 1985, énfasis agregado).

Con la participación de ecuatorianos especializados en el exterior, los Museos del Banco Central dieron nuevo rumbo a la arqueología ecuatoriana desde el punto de vista científico y de vinculación con la comunidad. Desde 1969 hasta 1984 el Banco Central del Ecuador realizó 22 proyectos arqueológicos, 10 de antropología, 48 de obras de restauración, 113 exposiciones en

el país y varias en el extranjero (Idrovo 1990:66). La creación de los Museos en las Sucursales de Guayaquil, Cuenca, Manta y Esmeraldas permitieron el control regional del patrimonio arqueológico y el seguimiento de las investigaciones científicas.

Aplicando la máxima atribuida a Edwin W. Kemmerer, asesor del Presidente Ayora, de que "las utilidades de un Banco del Estado deben también revertir al pueblo en forma de cultura", El Banco Central del Ecuador no se conformó únicamente con organizar museos, sino que patrocinó diversas actividades científicas, literarias y artísticas; Rodrigo Espinosa, en ese entonces Gerente de la institución, señalaba: "El Banco Central comprende que el desarrollo cultural es requisito indispensable para la transformación de las estructuras económicas y sociales" (1978:8). Lastimosamente, en los últimos años, por la crisis económica que afecta al país, ha reducido notablemente su actividad cultural.

Precisamente, las actividades en el campo arqueológico y antropológico que se desarrollaban en el país, muchas de ellas patrocinadas por el Banco Central y la necesidad de rescatar y poner de relieve el patrimonio histórico, incentivaron la necesidad de contar con antropólogos y arqueólogos profesionales ecuatorianos, que posibilitaran un conocimiento científico de las sociedades ecuatorianas desde las más antiguas hasta las actuales. Así, en el primer semestre del año lectivo 1971-1972 se crea el Departamento de Antropología en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador; y, en 1980 la carrera de Arqueología en la Escuela Superior Politécnica del Litoral ESPOL, Guayaquil que de alguna manera suplieron la falta de profesionales en estas áreas. Respecto a otros países latinos, como Perú que ya formaba etnólogos y arqueólogos antes de 1958 (Cfr. Lumbreras 1974), la profesionalización en Ecuador es muy tardía. situación que marca la peculiar característica del desarrollo de las actividades arqueológicas en el país. La Pontificia Universidad Católica introdujo la Cátedra de Arqueología, primero en la especialidad de Historia y Geografía, con el Profesor Padre Pedro Porras, uno de los más aprovechados alumnos de Estrada, Evans y Meggers, quien tiene el mérito de

haber trabajado en la Amazonía ecuatoriana, cuya prehistoria es la menos conocida hasta el día de hoy.

Desafortunadamente, la metodología arqueológica utilizada en la región amazónica ecuatoriana no ha sido siempre la más idónea. A más de excavar con pico y pala, aplicando niveles arbitrarios de 20cm. se ve un interés casi exclusivo en hacer cronologías alfareras en base a la cerámica decorada (ver trabajos publicados de Pedro Porras).

Posteriormente, en el Departamento de Antropología se organiza el Taller de Arqueología, en el cual participan como instructores los arqueólogos de planta de los Museos del Banco Central, quienes se proponen dar a la arqueología un enfoque antropológico.

En el caso de la ESPOL (Guayaquil), la integración de un programa teórico-práctico, arqueológico-antropológico, abrió nuevas perspectivas para el desarrollo de la arqueología en el Ecuador. Los proyectos comenzaron a desarrollarse en forma interdisciplinaria y con proyección social. Tal el caso: "El estudio sobre el impacto a sitios arqueológicos y a las comunidades campesinas existentes, por el trabajo de infraestructura petrolera e industrial, por parte de CEPE, en la Península de Santa Elena", fue realizada con la participación de arqueólogos, arqueobotánicos, antropólogos socioculturales, agrónomos, geógrafos, geólogos (Marcos 1986:21).

Pese a los ingentes logros conseguidos por la Escuela de Arqueología, visto un poco a la distancia espacial y temporal el camino recorrido por ésta, hay algunos problemas que aún requieren ser corregidos. Por su ubicación espacial en Guayaquil se ha enfatizado demasiado en la arqueología del litoral ecuatoriano, en desmedro de una visión global de la arqueología septentrional andina. El énfasis puesto en el aspecto técnico, ha restado fuerzas para cumplir con los demás objetivos que presenta la New Archaeology y la Arqueología Social.

El Programa de Antropología del Ecuador (con su Director Presley Norton), por su ubicación en Salango (Manabí), limitó también su acción a la zona costera. Sobresalió por la aplicación de la informática en la investigación arqueológica.

Sin embargo, desafortunadamente, los participantes fueron generalmente extranjeros, por lo cual sus logros no se socializaron entre los arqueólogos ecuatorianos.

En 1970, el Instituto Otavaleño de Antropología organiza el Departamento de Arqueología. Investigadores extranjeros y nacionales desarrollan proyectos con una planificación orgánica de la investigación arqueológica interdisciplinaria y regional, capaz de orientar una continuidad en los problemas científicos y evaluar perspectivas a corto, mediano y largo plazo (Cisneros 1992). Lamentablemente, desde 1983 ha disminuido notablemente la actividad investigativa y la publicación de obras científicas.

Otras instituciones que han estado vinculadas al quehacer de la arqueología son: el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (1979) como Entidad del sector público, adscrita a la Casa de la Cultura Ecuatoriana, ha orientado sus actividades básicamente a hacer cumplir la Ley, a inventariar los bienes patrimoniales y a efectuar algunas investigaciones, en asociación o convenio, con otras instituciones o mediante acuerdos de cooperación internacional (por ejemplo el Proyecto ECUABEL).

Por su parte, el Consejo Provincial de Pichincha tiene bajo su responsabilidad el Complejo Monumental de Cochasquí, al norte de Quito, en el que ha hecho un intento de integrar en el manejo del sitio arqueológico a la gente oriunda del lugar, y de rescatar los elementos culturales propios de la zona. En años anteriores, el Consejo Provincial de Pichincha tuvo papel protagónico en la organización de eventos nacionales e internacionales relacionados con la historia, la etnohistoria y la arqueología de este país.

En asociación con las instituciones, especialmente con el Banco Central, cabe resaltar la influencia de las Misiones Extranjeras (por ejemplo, la Misión Española, el Proyecto ECUABEL, la Misión Inglesa) que han sido decisivas en el conocimiento de la pre-historia ecuatoriana, aunque a nivel metodológico o de enfoques no han logrado formar escuela.

Los ecuatorianos especializados en el exterior, por intermedio de la cátedra y de las investigaciones de campo y la socialización de los resultados a través de las publicaciones y

los congresos, han jugado un papel protagónico en el adelanto de la arqueología a nivel nacional, especialmente enfatizando su carácter interdisciplinario y la necesidad de hacer proyectos regionales de largo alcance.

El Estado como tal, en estos últimos años, ha disminuido aún más su poca atención a lo prehispánico. Ante la crisis económica y el carácter no monumental de la mayoría de los sitios arqueológicos parecería no justificar más la inversión económica.

En conjunto, en la arqueología ecuatoriana hay un avance lento pero muy significativo, a nivel teórico y metodológico, que ha permitido una interpretación del pasado prehispánico del país, acorde con las evidencias recuperadas a través del trabajo científico. Más que a posturas ideológicas de los investigadores, consideramos que este avance lento de la arqueología en el país obedece a las limitaciones técnicas y teóricas y a una profesionalización tardía en el área de la antropología y de la arqueología. Trataremos este aspecto en el siguiente capítulo, por su importancia para entender el desenvolvimiento de la arqueología a nivel nacional.

En los últimos años, el estudio del pasado en función del presente y del futuro se ha concretado, en algunos casos, socializando los resultados de las investigaciones a través de los proyectos museológicos, especialmente los museos de sitio o museos comunidad, que han dado frutos insospechados en relación a la preservación y valoración del patrimonio histórico. Estas experiencias revelan que una positiva apreciación de lo prehispánico, por parte de los arqueólogos y de la población, puede ser beneficiosa para la reconstrucción científica de la historia prehispánica y un referente para programas de desarrollo actual y futuro.

NOTAS

1. Donald Collier (1982: 5-10) considera cuatro períodos:
 - 1) Período Pionero 1878-1899: trabajos descriptivos.
 - 2) Período de Desarrollo 1900-1934: numerosas investigaciones y publicaciones.
 - 3) Período Transicional 1935-1952: influencia de la II Guerra Mundial.
 - 4) Período Floreciente 1953-1980: introducción de nuevas técnicas de datación: C14, hidratación de la obsidiana: se populariza el uso de los métodos estratigráficos y de seriación.

Este trabajo es importante como intento de periodificar la historia de la arqueología ecuatoriana; desafortunadamente, la ubicación de los aportes personales de los arqueólogos a más de incompleta es cronológica. Falta la contribución de algunas instituciones, por ejemplo, Escuela de Arqueología de la ESPOL. Guayaquil: Instituto Otavaleño de Antropología, IOA. Otavalo: Consejo Provincial de Pichincha, Quito.

2. En 1878, Charles Weiner, luego de excavar en Perú y de recolectar material cultural y especímenes de la historia natural de Colombia, Bolivia y Ecuador, expuso una muestra en el Palais de l'Industrie de la Exposición Universal. Esta exposición impresionó tanto que las autoridades francesas procedieron a abrir un museo independiente de etnografía en París. El Museo del Trocadero adquirió fama (Williams 1985:151-56, citado por Fitzell 1994:36).

3. En las últimas décadas del siglo pasado, en la provincia del Cañar, los huaqueros organizados en "sociedades" asolaron los sitios arqueológicos; los objetos de metal fueron fundidos o se vendieron a museos de otros países (Fresco s.f.:60-62).

4. María del Carmen Molestina, Directora General de los Museos del Banco Central, en carta dirigida al Padre Porrás, con fecha 22 de octubre de 1986 (1755-MU-36) expresa, refiriéndose a la monografía "Cotacollao" de Marcelo Villalba: "Para mi concepto este informe es impublicable ya que carece de una consistencia científica que apoye las aseveraciones que en él se arrojan".

5. El museo del Banco Central fue fundado el 1 de diciembre de 1969 por el señor Guillermo Pérez Chiriboga. Gerente de esta entidad. Las primeras colecciones adquiridas fueron las de Luis Felipe Borja, Luis Cordero Dávila, Max Konanz, Emilio Estrada.

II. ¿LIMITACIONES TECNICAS O POSTURAS IDEOLOGICAS?

La historia de la arqueología ecuatoriana esbozada anteriormente, permite tener una idea del progreso de la investigación arqueológica en el Ecuador a lo largo de más de cien años. Aunque en forma localista y muchas veces individualizada, los avances teórico-técnicos alcanzados hasta el momento, ofrecen buenas perspectivas para la consolidación de la arqueología como disciplina científica y el estudio del pasado en función del presente y del futuro.

En este capítulo intentaremos completar la visión histórica, con el análisis de las actitudes del investigador ecuatoriano frente a lo prehispánico, las mismas que, a nuestro juicio, podrían caracterizarse básicamente de ambiguas, especialmente en los dos primeros períodos, por la paradójica postura de engrandecer y minimizar al mismo tiempo al sujeto prehispánico y de mantener distancias frente a los indígenas históricos y actuales. En el tercer período, la percepción de lo antiguo se orienta en forma más definitiva a un conocimiento y acercamiento del sujeto prehispánico/colonial y a una reivindicación del indígena actual.

¿A qué obedece la actitud que parece caracterizar principalmente a los investigadores de los primeros dos períodos? ¿se debe a lo limitado de las investigaciones arqueológicas en el país? ¿a la falta de grandes sitios monumentales? o ¿detrás de toda esta conducta hay algo ideológico?. En las ciencias sociales o ciencias del hombre, especialmente en historia, antropología y sociología, hay una larga e intensa discusión sobre el autor, la influencia del género, de la clase social, de la ideología en el trabajo científico (Geertz 1973;1989; Geertz y Clifford 1991; Rabinow 1986; Fox 1991; Reynoso 1991; Limón 1991); sin embargo, en arqueología aún no ha tenido lugar una autoreflexión o un trabajo que aborde estos temas en forma global, para el caso ecuatoriano. Sin duda, un estudio de esta índole ofrecerá importantes elementos para una mejor comprensión de los resultados científicos ofrecidos por los investigadores.

En la historia de la arqueología ecuatoriana hemos visto, en

algunos casos, que las bases determinantes de lo que se acepta y lo que no, tienen muchísimo que ver con las personas. Escuchamos determinadas voces e ignoramos otras (Geertz 1989:16). En este país, importa mucho quien habla, quien escribe, quien dirige el trabajo de campo. quien financia la investigación...

Indudablemente, las tesis válidas deben venir de profesionales. de expertos. en cada época y en cada caso. según las evidencias registradas. No es que invalidemos los actos de habla cotidiana: pero es necesario que. si se quiere socializar el conocimiento. debe pasar primero por el tamiz de los especialistas. Esto es muy importante puesto que las declaraciones como actos de habla valoradas o serias tienden a ser copiadas, repetidas, divulgadas y comentadas, de ahí la gran responsabilidad de un autor (Tilley 1991:321-322).

Por otra parte, sin pretender un análisis profundo del asunto. conviene señalar también que en el tratamiento del Otro prehispanico/colonial pudo haber influido el género del investigador. Comúnmente en el país, el arqueólogo es masculino; el número de mujeres arqueólogas es menor que el de hombres (1). Esta realidad puede determinar implicaciones y consecuencias a la hora de utilizar un lenguaje típicamente sexista y unas interpretaciones del mismo género. Puede haber el peligro de dar un enfoque androcéntrico o simplemente ignorar o minimizar la importancia de las evidencias que tienen que ver con actividades relacionadas con el género femenino. En el estudio del pasado prehispanico siempre hay que tener en cuenta la cuestión del género. para que el análisis pueda llegar a un nivel específico. concreto y no se quede en generalizaciones. Por ejemplo, las maneras específicas de trabajar en una determinada unidad doméstica (2) de producción, pueden dejar constancia material y espacial (áreas de actividad) de una división sexual del trabajo. Una adecuada recuperación de esos vestigios puede convertir esa evidencia en información social. Como se advierte en las Actas del Primer Simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe (Fonseca 1988:184):

"...el espacio doméstico debe estudiarse. enfocarse. enfrentarse, no resaltando la diversidad de artefactos y otros aspectos culturales sino teniendo claro que ese

espacio está integrado por una serie de áreas vividas. La excavación debe guiarse, entonces, por la lógica del uso del espacio y no solo por la aparición circunstancial de la evidencia arqueológica."

Como en la antropología, también en la arqueología es importante tomar en cuenta la "posición del sujeto". del cómo veamos las cosas dependerá la actitud que adoptemos en ese momento preciso de la investigación. Incluso la elección de los términos que utilicemos estará en concordancia no solamente con la teoría que apliquemos sino, además, con la posición que tomemos y en base a la realidad que estudiemos.

¿Es posible una investigación o conocimiento no ideológico del pasado? En arqueología, la corriente positivista ha argumentado que esto es factible presentando solo las evidencias, sin salirse del marco de la descripción de los objetos, dilucidando su parecido exterior, su consecuencia, mas no las leyes que rigen su cambio, su desarrollo. En efecto, algunos investigadores, especialmente en los dos primeros periodos, consideraron como no científico cualquier intento de ir más allá de los objetos y se contentaron con presentar la simple descripción de los restos culturales encontrados. Pese a que en muchos trabajos el análisis del material cultural ha sido presentado de una manera coherente y sistemática, el éxito es relativo, precisamente porque falta algo primordial, el descubrimiento de los autores de esos objetos que se describen, considerados como sujetos inmersos en una sociedad.

La preocupación de ir más allá de los objetos recuperados, de conocer los procesos socioculturales que han tenido lugar en el pasado, ha estimulado la búsqueda de nuevas teorías y técnicas que permiten una mayor objetivación del fenómeno estudiado. Sin embargo, pese a la rigurosidad científica que caracteriza al trabajo arqueológico, la "reconstrucción" del pasado tiene también su presente, el presente del investigador, el "yo soy yo y mi circunstancia", al modo de Ortega y Gasset, que de alguna manera, directa o indirectamente, influye en el comportamiento frente a lo prehispánico. Identificar por qué unas ideas y técnicas fueron preferidas sobre otras en cada período, en cada trabajo de arqueología, es algo muy complejo que tiene que ver

con el propio desarrollo de la disciplina, con la ideología imperante en cada sociedad y con el yo y mis circunstancias de cada investigador.

¿Hay ideas con contaminación ideológica (3) en la "reconstrucción" de la prehistoria ecuatoriana? Acorde con lo que hemos enunciado anteriormente, comúnmente y especialmente en los dos primeros períodos, cada investigador respondió a su propia posición y a las ideas predominantes en cada época. Por otra parte, también las limitaciones teóricas y técnicas, más las de índole económico, influyeron en un trabajo arqueológico muy localizado y puntual y en una subjetiva apreciación de lo prehispánico. Para corroborar lo anterior, analizamos algunos de los principales trabajos e ideas que repercutieron en el desarrollo de la arqueología y de la prehistoria ecuatoriana y en nuestra actitud frente al pasado prehispánico.

De las primeras publicaciones, la obra del Padre Juan de Velasco "Historia del Reino de Quito en la América Meridional" (1789), en especial lo concerniente a la Historia Antigua, influyó científica e ideológicamente en la historia y en la mente ecuatoriana. Velasco combina hábilmente mitos, leyendas, tradición oral, documentación histórica y arregla los hechos en paralelismo con la historia Inca, para que el famoso "Reino de Quito" sea una historia superior a la de los Incas (4): un engrandecimiento gratuito que paradójicamente nace de la minimización de lo propio, de la negación de un desarrollo autóctono, del sentimiento de inferioridad interiorizado por la influencia de la perspectiva eurocentrista que daba a los pueblos de América un papel meramente pasivo. Velasco señala que las principales iniciativas del cambio cultural vienen a las costas del actual Ecuador desde el extranjero (5). Resumiendo a Velasco: La Nación extranjera llamada Cara por su principal cabeza Carán, que se intitulaba Scyri o Señor de todos conquistó fácilmente el delicioso, rico y dilatado Reino de Quito, pues sus habitantes eran ineptos (1841:34-35). Por la ausencia de trabajos arqueológicos orientados al conocimiento de los pueblos antiguos, la paradójica aceptación y negación de lo propio y la búsqueda de explicaciones en otros lugares fue, para los primeros

investigadores, la respuesta fácil a los interrogantes que planteaba la problemática de la Historia Antigua del "actual Ecuador. El Padre Velasco, consciente de las dificultades de su trabajo, confesó: "no haré sino apuntar lo que parece más conforme o menos mal fundado, sin empeñarme en ser garante de su verdad." Por otra parte, hay que considerar al autor en su contexto histórico. en su época, y en ese marco podemos interpretar su obra como un intento de poner las bases de una ideología de nacionalidad. Como lo señala Moreno (1981:124: 1992:23):

"...como representante de la clase social "criolla", a la que pertenecía por su origen y ancestros. trata de fundamentar apológicamente una naciente ideología de nacionalidad, para ofrecer a sus compatriotas una historia "propia", que justifique sus raíces y aspiraciones de autonomía"

Con el pasar del tiempo, más que el propio contenido científico de la obra, esta "ideología de nacionalidad" ha adquirido notoriedad, por la relación establecida entre "Reino de Quito" y los orígenes de la nacionalidad y territorialidad ecuatoriana (6). Estas imágenes son tan atractivas y sentimentales que los textos escolares, haciendo juego al "conservadurismo científico" e ideológico siguen repitiendo lo mismo. haciendo caso omiso a los aportes de la arqueología que, desde la época de González Suárez, ha desvirtuado la existencia del famoso "Reino de Quito".

Si bien la arqueología y la etnohistoria de la Sierra Norte del Ecuador confirman la existencia de sociedades significativamente desarrolladas en lo económico, social, cultural y político, la denominación de "Reino" no se ajusta a sus características; además, territorialmente hablando, ningún documento o evidencia material sugiere que en algún momento el antiguo Ecuador haya formado un solo Estado Imperial a semejanza del Incásico. La unidad política se da recién con la conquista incásica.

Según el Padre Juan de Velasco, el Reino de Quito era una sociedad compleja, con dinastía real que respetaba reglas de sucesión bien establecidas; utilizaban un sistema de escritura en base de piedras pequeñas. En Quito había un templo al sol y

otro a la luna; el templo del sol tenía además gnomos para observar los solsticios y para indicar cada uno de los doce meses del año. Los Schyrís, reyes de Quito, se enterraban en tolas (montículos artificiales). La ciudad preincásica de Quito era de piedra labrada (1841:35-36). De todo esto, las investigaciones arqueológicas aún no han encontrado vestigios; las pocas piedras que se han conservado corresponden a la época de los Incas (Jijón y Caamaño 1986:33-63; Porras 1989:235-265); no hay tolas en Quito ni en sus alrededores; tampoco hay restos del templo al sol en el Panecillo y del templo a la luna en San Juan.

El contrapunto y contradicciones inauguradas por el Padre Juan de Velasco, se observa en varios matices en algunos historiadores y arqueólogos, tanto nacionales como extranjeros, hasta los años anteriores a 1970. Para Monseñor Federico González Suárez, la historia ha de ser una enseñanza de moral y un medio para hacer palpar a los hombres el gobierno de la Providencia. Para ponerse a tono con la época, González Suárez se sumó al difusionismo, indicando que las etnias precolombinas serranas habían sido influenciadas por culturas amazónicas, de los Andes Centrales (Perú) y de Mesoamérica. Sugiere que los Cañaris eran descendientes de los Nahuas, pobladores de Méjico y de la América Central, y provenían de la rama de los Quichés (Guatemala). Los antiguos Quitos serían Caribes (1891:19-23). A igual que Velasco, González Suárez minimiza lo propio buscando la causalidad en la difusión y al mismo tiempo ensalza lo prehispánico en pro de una nacionalidad.

Su condición de sacerdote le llevó a situaciones muy complejas en las que tenía que decidir entre la religión o los datos científicos, lo cual lo condujo muchas veces a caer en contradicciones. Por ejemplo, señala que todas las razas son iguales, tanto somática como espiritualmente y al mismo tiempo escribe que solo la raza blanca tiene historia porque es la más inteligente y que las otras únicamente tienen tradiciones (1897:152-154). Hay negación de lo indio y el ensalzamiento de lo blanco. Hay una persistencia del criterio colonialista de considerar lo occidental como lo único válido; lo propio como

algo primitivo y el ser humano andino un simple sujeto paciente, receptor de la "civilización de Occidente".

Esta manera de pensar, que fue común en esa época, consideraba a Occidente como la única sociedad civilizada y los pueblos no occidentales fueron estudiados como sobrevivientes prístinos de un pasado intemporal. Lo auténtico de los pueblos, su tradición, fue para los europeos sinónimo de estancamiento, de atraso, de pasado, de falta de desarrollo. y como señala Wolf (1982:27) a las sociedades catalogadas como tradicionales se les negó el derecho a tener su historia propia. Más aún, al dividir al mundo en sociedades modernas, transicionales y tradicionales se impidió la comprensión eficaz de las relaciones entre ellas.

Otro caso, para Jijón y Caamaño, discípulo de González Suárez, aristócrata, terrateniente. Conservador ¿qué relación había entre los restos antiguos que descubría y estudiaba y los indios contemporáneos, sus peones de hacienda? Evidentemente. se nota un acercamiento al indígena actual. pero a través de una actitud paternalista; hay "simpatía" por lo indígena, pero manteniendo la respectiva distancia. Como bien observa Segundo Moreno (1992:47):

"...con miras a la constitución de una política conservadora, defiende Jacinto Jijón y Caamaño un organismo social basado en algunos principios de evolucionismo, su adaptación al medio y el papel que puede desempeñar en la política el conocimiento de la realidad nacional sobre sus bases étnicas e históricas."

Durante el segundo período, la influencia de la arqueología americana, caracterizada por una fuerte dosis de difusionismo, penetró tanto en la arqueología ecuatoriana, que la base de todo desarrollo local era visto como producto de influencias extraregionales y hasta extracontinentales. Esto se aprecia en Emilio Estrada (1961) quien, como hemos visto, planteó la influencia japonesa (cultura Jomón) sobre la cerámica Valdivia B medio y C. En 1965, con el apoyo de Betty Meggers y Clifford Evans, en base al trabajo puntual en un solo sitio, definió las características de Valdivia como de origen costero y un modo de vida recolector marino y cazador, con muy poca agricultura. Lógicamente, la excavación en un solo sitio cercano a la playa

no podía dar una visión completa de la compleja sociedad Valdivia, que como se estableció después (Norton 1971; Lathrap y Marcos 1975) tenía además asentamientos tierra adentro donde se practicaba la agricultura.

Sobre todo en este período, la descripción del material cultural o la aplicación de la técnica, se convirtió en un fin en sí mismo. La "Cultura" fue vista simplemente como "un resultado", reducida solo a lo material, a los objetos recuperados, ignorando a sus autores. Curiosamente, por ejemplo, no hablamos de los pueblos valdivianos, sino de la Cultura Valdivia, olvidando que son los pueblos los poseedores de la cultura y no a la inversa (Idrovo 1990). El análisis de los factores socioeconómicos está ausente, porque el tipo de trabajo de campo practicado no permite recuperar este tipo de evidencias.

En un principio, los arqueólogos ecuatorianos aceptaron de manera pasiva la teoría del contacto transpacífico, quizá debido a la influencia del difusionismo inaugurado en el Ecuador desde la época del Padre Velasco, al sentimiento de inferioridad de los ecuatorianos, que todavía persiste, por la influencia de la perspectiva eurocentrista que daba a los pueblos de América un papel meramente pasivo. Ecuador era entonces el terreno adecuado para lanzar las explicaciones más sorprendentes sobre el origen de la cerámica en el Nuevo Mundo. Recién en la década de 1970, se lanzan hipótesis alternativas a la teoría del contacto transpacífico. Donald Lathrap (1970) propuso para la Costa una influencia Amazónica, postulando que en algún lugar del Noroeste de Sudamérica debe hallarse un complejo cerámico antecesor de Valdivia.

Aunque para 1970 la propuesta de Lathrap era también una salida difusionista, los últimos trabajos de Anne C. Roosevelt et al (1991) parecen darle razón: los fechados obtenidos para el sitio antiguo de Santarém, en la Baja Amazonía de Brasil, de 7.000 a 8.000 años antes del presente, señalan que el arte alfarero comenzó antes en la Amazonía que en otra parte del Continente.

Carlos Zevallos Menéndez (Zevallos y Holm 1960), del Grupo de arqueólogos de Guayaquil, en base a las evidencias encontradas

en las excavaciones realizadas en San Pablo (Guayas), planteó- como ya se ha señalado- para los pueblos valdivianos una base económica agrícola en contraste a la sociedad recolectora-pescadora postulada por Meggers, Evans y Estrada (1965). Las excavaciones de Presley Norton en Loma Alta, con fechas tempranas para este asentamiento, demostraban el origen no costero de la "Cultura Valdivia". Finalmente, los trabajos realizados por Jorge Marcos y arqueólogos de la Universidad de Illinois (1974-1975) en el sitio de Real Alto, a unos seis kilómetros de la población de Chanduy, variaron radicalmente la perspectiva bajo la cual se miraba a la organización social y económica de los pueblos valdivianos. Se prospectó una área de 600 km², con énfasis en un radio de 5km alrededor de Real Alto. La excavación de este sitio permitió conocer a los valdivianos como culminadores de un proceso que interrelacionó el desarrollo de la agricultura con la manufactura de la cerámica y la conformación de patrones de asentamiento "urbano" caracterizados por una forma elíptica, alrededor de una plaza rectangular con un recinto ceremonial. El plano de Real Alto fue interpretado en el orden social en base a la comparación etnográfica de los planos circulares de los grupos Ge-Bororo del Brasil. El circuito cerrado y perfecto de los Ge da una idea del espacio público comunal, que es necesario para la "ideología de centros ceremoniales". Mientras el círculo no se rompa, no puede haber una jerarquía de comunidades. La vida ceremonial entre los Ge-Bororo es muy elaborada y la filosofía de la comunidad es igualitaria con todos los individuos que participan en la vida ceremonial. En Valdivia IV se observa una distinción entre las aldeas rurales y un centro ceremonial dirigido por especialistas en la religión. Conforme los miembros de la sociedad se dispersaban más, se hacía necesaria la actividad ceremonial para mantener la unidad de la sociedad (Lathrap y Marcos 1975; Lathrap, Marcos y Zeidler 1986; Marcos 1986; Damp 1988, inter alia).

Evidentemente, cada trabajo arqueológico pertenece a un tiempo, a un lugar y a las circunstancias específicas que acompañan a cada proyecto. Es materialmente imposible esperar

coincidencias en los enfoques y en los resultados. Lo fundamental es que los arqueólogos, a nivel nacional, asuman constantemente los últimos aportes de la arqueología y no sigan repitiendo interpretaciones que fueron superadas. Asimismo, es importante que los distintos entes (privados y públicos) que tienen que ver con el quehacer arqueológico, construyan y difundan la imagen del Otro prehispánico en base a las últimas investigaciones científicas y tiendan puentes entre el pasado y el presente, a través de los diferentes mecanismos de comunicación, que permitan presentar los datos científicos en un lenguaje y en una forma comprensible para toda la población.

Al mismo tiempo, es importante no caer en el otro extremo del difusionismo: la defensa de un autoctonismo: por ejemplo, las nuevas evidencias halladas en Real Alto, produjeron en algunos ecuatorianos un sentimiento nacionalista. De pronto, en el Formativo ecuatoriano tenemos la primera aldea, el primer maíz, el primer perro domesticado, el primer telar, la primera vasija de cerámica, la primera figurina (Salazar 1988:35).

Pese a los positivos cambios ocurridos en la arqueología ecuatoriana, algunos arqueólogos se quedaron en la investigación personal y descriptiva. Siguieron considerando el Trabajo de Campo como el objetivo primordial de la investigación; la comparación de rasgos culturales y la ubicación cronológica de los hallazgos en la máxima aspiración.

El hacer trabajo de campo, el "estar allí", el "yo testifical" no es suficiente, tampoco el sentirse "el único" investigador en una determinada región o área geográfica (7) o escudarse en una supuesta experiencia. Las experiencias subjetivas privadas no pueden ser aceptadas en arqueología como el soporte de la credibilidad. Los enunciados observacionales no son la finalidad del trabajo arqueológico. La teoría debe nutrir estos enunciados, y a su vez ésta debe fortificarse con los datos de campo. La observación y la teoría deben estar siempre interrelacionadas (Chalmers 1987).

La reflexión que Rosaldo (1989:7) hizo a los etnógrafos, es igualmente válida para los arqueólogos. Señala este autor, que los etnógrafos deben comenzar una investigación con un set de

preguntas, revisarlas a través del curso de la investigación, y al final surgir con diferentes cuestiones. Los trabajadores de campo requieren de capacidades teóricas amplias y una aguda sensibilidad sintonizada.

Un caso especial de lo enunciado es el trabajo del Padre Pedro Porras, uno de los más ilustres alumnos de Meggers, Evans y Estrada que, pese a mantenerse aislado del movimiento arqueológico ecuatoriano, supo formar discípulos que continuaran su labor docente e investigativa. Porras persistió en la práctica de la excavación mediante niveles arbitrarios, y en el uso del método Ford para la clasificación y análisis cultural y el difusionismo para explicar el origen y desarrollo de la sociedad prehispánica estudiada: además, de los arqueólogos ecuatorianos, fue el único en hacer investigaciones arqueológicas en la región amazónica.

La misma problemática puede ser analizada con relación al quehacer institucional. Por ejemplo, los Museos del Banco Central constituyen el paradigma de las ideas predominantes en torno al quehacer arqueológico, tanto a nivel de museos, investigación y divulgación. Esta institución inició sus actividades con una política pública coleccionista unidireccional (piezas bellas). En principio, se le encargó oficialmente la custodia y salvaguarda de los monumentos más importantes del país, por lo que la primera preocupación fue estudiar y conservar Ingapirca y luego La Tolita.

A nivel investigativo el Banco Central del Ecuador dio un nuevo rumbo a la arqueología ecuatoriana, desde el punto de vista científico y de vinculación con la comunidad. Las actividades educativas de los Museos fueron realmente sorprendentes, no solo a nivel instructivo sino que además inculcó en los escolares el respeto y valoración por el patrimonio histórico y la herencia cultural. La naciente ideología de nacionalidad proclamada por el Padre Juan de Velasco maduró en los Museos del Banco Central, a través de la exhibición del material cultural y de las exposiciones internacionales.

A nivel de docencia-investigación, la Escuela de Arqueología de la ESPOL, Guayaquil, ha combinado la formación teórica con la

práctica y el compromiso de una reinversión social del conocimiento arqueológico, para lo cual se han buscado los mecanismos de participación que articulen los patrones culturales con los proyectos implantados desde el Estado. Particularmente significativos son los proyectos que intentan incorporar la tecnología tradicional al mejoramiento de las explotaciones agrícolas actuales y el aprovechamiento de la infraestructura agrícola prehispánica (campos elevados o camellones) existentes en la cuenca del Guayas. en aproximadamente 50.000 hectáreas (Alvarez 1985:42). Otro aporte importante es el Museo de Real Alto, organizado con y para la comunidad local.

Especialmente en sus inicios, esta Escuela, por la presencia de profesionales de diferente nacionalidad y de distinta formación teórica (7), permitió a través de los programas y las prácticas de estudio, manifestar una variada gama de pensamiento teórico, metodológico y humano.

En síntesis, en la historia de la arqueología ecuatoriana parece haber un lento proceso de cambio ideológico respecto a lo mencionado antes. De una postura colonialista, donde primaba un acercamiento a lo exótico de lo prehispánico, que caracterizó especialmente las investigaciones en el primer período, hemos ido pasando a un acercamiento y conocimiento de lo prehispánico/colonial, considerándolo como sociedad y como parte de nuestro propio proceso.

La forma como se realizaron las investigaciones arqueológicas, repercutió en la conformación de las colecciones y museos de arqueología: igualmente, en estas actividades se nota un lento proceso de cambio, desde la simple colección de objetos hasta una exposición organizada a nivel didáctico, para lo cual, generalmente se ha tenido en cuenta la variable cultural, la cronológica y la geográfica.

NOTAS

1. A nivel de profesionales nacionales, desde 1983 se han incorporado al quehacer arqueológico del país las mujeres graduadas en la Escuela de Arqueología de la ESPOL, Guayaquil.

2. "Por unidad doméstica entendemos una expresión concreta de la cotidianidad de la vida social. Incluye sitios que representan distintas actividades: habitacionales, de trabajo, de consumo, rituales... Al excavar un sitio se debe tratar de inferir, a través de la evidencia, aquellos contenidos sociales que se supone son la suma final de la cotidianidad. Así, es más fácil reconstruir posteriormente un modo de vida, como paso previo para entender la dinámica del modo de producción (Fonseca 1988:184).

3. Para los fines pertinentes del presente estudio, consideramos ideología como el conjunto de ideas acerca del mundo y la sociedad, que responde a los intereses de los grupos dominantes en un contexto social dado y que guía y justifica un determinado comportamiento de los hombres (Sánchez 1976:287-315).

4. Tradicionalmente, se consideraba que habían dos polos principales de desarrollo cultural: El Area Cultural Mesoamericano y el Area Cultural de los Andes Centrales. Las investigaciones arqueológicas de los últimos años han revelado que el Area Periférica o Intermedia, en la que estaría el Antiguo Ecuador, desempeñó un papel primordial en el adelanto de las Altas Culturas.

En la Sierra Norte del Ecuador, el Imperio Incásico no llegó a establecer un verdadero control que tuviera trascendencia histórica en el desarrollo de los pueblos de esta región, por el relativo poco tiempo (unos treinta años) que duró la dominación y por la gran distancia a la que se hallaba el Cusco, capital política, militar y administrativa del Tahuantinsuyu.

5. Velasco no señala exactamente la proveniencia de los Caras, solo se reduce a escribir "Llegaron éstos navegando en grandes balsas, hacia el año de 700 u 800 de la Era Cristiana." (1841:33).

6. El Padre Velasco (1789) confeccionó un mapa físico y político "Carta General de las Provincias del Quito Propio, de las Orientales Adjuntas, y de las Misiones de Marañón, Napo, Pastaza, Guallaga y Ucayale, delineada según las mejores cartas modernas y Observaciones de los Académicos y Misioneros, por el Presb. D. Juan de Velasco, para servir a su Historia del Reyno de Quito-Año de 1789" (Villacrés 1972:56-57).

7. En su inicio, la Escuela de Arqueología de la ESPOL, Guayaquil, contó entre sus profesores a: James Zeidler, Michael Muse, Kent Mathewson, Judith Kreid (USA); Josef Buys (Bélgica); Idilio Santillana (Perú); Jorge Marcos y Luis Barriga (Ecuador); Myriam Tarragó, Silvia Alvarez (Argentina).